

Caminos y vericuetos: de brujas y mujeres

Lorena Valderrábano Bernal

La literatura, artificio y subversión, palabra chocarrera que abre las puertas de los laberintos, los caminos interminables al vacío, las múltiples vías del saber, deja a un lado sus diferentes apelativos y deviene en voz y espejo que trastoca tiempos, espacios y realidades; gritos y susurros, voces desesperadas, murmullos seductores, silencios agobiantes y ecos cargados de preguntas y respuestas convergen en ella.

Receptáculo de afinidades y divergencias, el entretejido de la literatura se compone de todo aquello que ocupa al ser humano: visiones de mundo y proyectos vitales que amparan angustias y deseos, temores y certezas, anhelos, realizaciones, mundos mágicos plagados de ilusiones, desencantos, valores cumplidos, transgresiones.

Resultado y génesis de complejas cargas históricas y culturales, el discurso literario se cumple y da pauta para diálogos, conversaciones y contrapuntos en los que respuestas e interrogantes no terminan; las lecturas se hacen múltiples y la palabra ejerce todas sus cargas estéticas y semánticas.

Uno de los tópicos recurrentes de los estudios literarios es la relación que se produce entre “las mujeres y la literatura”. Ocuparse de esta relación con una perspectiva de tan generosa amplitud propicia un abanico inagotable de reflexiones que permiten replantear tanto los roles que han cumplido los personajes femeninos desde la antigüedad hasta el desempeño intelectual que, sobre todo durante este siglo, han expresado las mujeres sin, por ello, desdeñar la construcción de complejas identidades femeninas de diferentes autores de todos los tiempos.

Siglos de confrontaciones y actitudes antagónicas o de verdadero rechazo a la figura femenina preceden a la literatura contemporánea; conceptos, usos y prejuicios han sido determinados por intereses económicos, políticos, históricos, jurídicos y religiosos, entre muchos otros.

Las formas culturales de occidente heredaron de la mitología grecorromana distintas configuraciones arquetípicas que en su antropomórfica divinidad expresan humanos conflictos, pasiones intensas; quizá esta sea una de las principales aportaciones de aquellas deidades: tanto dioses como diosas participan del amor y los rencores, la envidia y los celos, la astucia y la inteligencia, el renacer constante y la satisfacción íntegra de su sexualidad. El alcance de sus facultades no está determinado por

su sexo: es Cronos y es Rea, Zeus y Hera, es Afrodita y Ares, es Atenea y con ellos todos los dioses y diosas quienes entretejen sus propios destinos.

Es la tradición judeocristina la que, con el concepto del pecado y la culpa, introduce el sexismo y con éste, una visión abyecta de y sobre la mujer que, desde entonces, ha influido a la mayor parte de las culturas occidentales.

No es Lilith, la desafiante figura femenina de los libros apócrifos de las bíblicas mujeres, sino Eva, la que nos hereda el peso de su osadía; el castigo por desafiar a dios, la ambición de acceder al conocimiento, la culpa por despertar el deseo de Adán se pagan con el primer esquema que, a pesar de todo aún no se extingue: la mujer es mártir o bruja, pura o ramera, divina o diabólica; intocada y santificada la primera, objeto de perdición e instrumento satánico la segunda, ambas llevan en su cuerpo la simiente del pecado y la perversión.

Si ya Platón daba gracias a los dioses por haberlo hecho “libre y no esclavo, hombre y no mujer” y si Aristóteles establecía que “la hembra es hembra en virtud de cierta *falta* de cualidades”, Santo Tomás puede decretar que la mujer es un “hombre frustrado”, un “ser ocasional”. Ante tan brutales veredictos poco importa la fortaleza de Antígona, las mujeres de Lisístrata, Electra o la misma Lilith, la mujer se convirtió en objeto dual: la figura divina o el objeto carnal.

Por su parte, la Edad Media da cuenta del destino de quienes, nacidas mujeres y carentes de protección masculina, se convertían en candidatas casi seguras a la hoguera. Las mujeres eran doncellas, criadas y casadas propiedad del hombre de la casa; las que no cabían en dichas adscripciones eran mujeres solas, seductoras y perversas, sólo cabían en la categoría de brujas. Su destino se inscribe en cuentos y leyendas en los que su belleza esconde sus tratos con el diablo y es materia pura para la redentora mano de la Inquisición.

El celo extralimitado con el que aquella época guardó los preceptos religiosos encubría los intereses reales del clero y la nobleza, ambos controlados por santos varones; así, mientras

Lorena Valderrábano Bernal. Licenciada en Letras Españolas. Realizó estudios de maestría en Literatura Mexicana en la UNAM. Fue profesora huésped de la Universidad Estatal de Viena. Ha incursionado en el periodismo cultural.

ban fanáticos y ascetas que aspiraban a la gracia divina; cuanto más encarnizados estaban más cercana la tenían.

De este tiempo, la literatura nos entrega innumerables versiones de historias y cuentos en las que una horripilante bruja encubre su maldad tras el rostro hermoso de una mujer buena hasta que la bondad (revestida de nobleza y poder) la arroja al fondo de los infiernos. El corolario entre el bien y el mal lo ofrece la vida de Maria Egipciaca.

Con el Renacimiento se transforman los valores y si bien, es cierto que las cargas ideológicas del rechazo o la cosificación permanecen, también es verdad que la presencia de la mujer en el discurso literario es menos demoniaca, más humana y, con ello, más compleja.

A partir de entonces son aspectos de naturaleza política y social los que dictan prejuicios y esquemas; el peso que ha tenido la iglesia se transfiere a la voz que desde el siglo XVIII refleja el pensamiento burgués; éste considera a la mujer como objeto de ornato y servicio pero también de placer en la medida en que sea satisfecho o por el bendito lazo del matrimonio o tras discretos terciopelos y acogedores salones cerrados; después de todo deben cuidarse las formas y nadie quiere ruidos con el diablo.

Para este tiempo, la producción artística prosigue y de musa inspiradora, de objeto sentimental, de ser humano que tiene que ser dicho por otro, la mujer se hace escritora, adquiere voz propia con la que desacraliza imágenes, rompe mitos y niega estereotipos aunque, a veces, humana paradoja, construye otros.

El trabajo intelectual le permite ser parte activa del mundo no sólo por ser mujer, sino por ser humana, por ejercer sus capacidades de pensamiento y acción.

De la confrontación entre sentimientos y razones, vacíos e ilusiones se generan cuestionamientos que, aunque no son privativos de la literatura escrita por mujeres, sí propician mayor claridad en el espejo y legitiman la búsqueda de respuestas que, a fin de cuentas, engendran otra forma de relaciones entre todos los seres humanos.

El discurso literario, subversivo por naturaleza, expone, específicamente durante el siglo XX, los conflictos y las necesidades que mueven a la humanidad, incluidas sus contradicciones y, con la desacralización del lenguaje, propone nuevas lecturas del mundo.

sostenían que mujeres solteras, hermosas, solitarias, desprotegidas pero que gozaban de algún bien material eran vistas en orgías diabólicas y aquéllas malditas se dedicaban a despojarlas de su escasa riqueza y a condenarlas a la hoguera para evitar cualquier reclamo. La legitimidad de su discurso se amparaba en el dicho de que "los grandes hombres de la historia -Adán, David, Salomón y Sansón- fueron arruinados por mujeres" y las arcas de la Iglesia crecían.

La cacería de brujas facilitó no sólo el poder económico del clero sino que también propició el control político de las grandes masas de campesinos y servidores pues si entre sus filas se encontraban las perversas mujeres que orillaban a la perdición, porque de la inducción al pecado carnal, llevaban a la desviación moral de hombres y mujeres, de allí a la obscenidad, de ésta al culto ritual, a la liberación extática y, al final, a la disidencia tanto religiosa como social. Cómo no justificar, entonces, el fuego purificador de la hoguera.

Sobre todo cuando este fuego también encubría las desviaciones y depravaciones que las inconmensurables fortalezas de los monasterios y castillos encerraban.

El afán de negar las necesidades y satisfacciones de la sexualidad degeneró en prácticas extremas de nefastos resultados: el clero quemaba a quienes consumían los ungüentos mágicos, narcóticos potentes, mezcla de cicuta, beleño, mandrágora y belladona, que los conocedores de la herbolaria vendían para paliar el hambre que los acosaba; entre tanto, al interior de los claustros el cilicio y la autoflagelación disciplinaban o expiaban las carnales tentaciones mientras que por caminos y calles deambulaban



